

Humberto López\*

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. UNCuyo  
hmlopezs@gmail.com

Cecilia Inés Rodríguez\*

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. UNCuyo  
ceirod@hotmail.com

## EL DEBATE SOBRE IDENTIDAD INDIVIDUAL E IDENTIDAD COLECTIVA. APORTES DE LA PSICOLOGÍA SOCIAL\*\*

**Resumen:** El trabajo se propone realizar una revisión de la noción de identidad individual e identidad colectiva desde las teorías psicoanalíticas clásicas a teorías sociológicas y antropológicas actuales. A partir de la interpelación de algunas de las concepciones teóricas vigentes sobre la identidad, tanto en su forma individual como colectiva, se analizan los complejos procesos de interrelación de los fenómenos individuales y sociales intervinientes en la dinámica psíquica. A modo de conclusión, consideramos que para identificar estas dos instancias, “identidad individual e identidad colectiva”, sin dicotomizarlas, en un individuo y en un colectivo social, en un proceso de apoyatura recíproca, hay que interesarse por lo que actualmente conocemos como procesos de subjetivación, entendidos como mecanismos que integran, a modo de bisagras, los fenómenos identitarios, tanto individuales como colectivos, al estar producidos por instancias individuales, colectivas e institucionales, excluyendo una causalidad unívoca y determinante que se imponga sobre las demás.

**Palabras clave:** identidad, procesos individuales, procesos sociales, procesos de subjetivación.

**The debate on individual identity and collective identity. Contributions of social psychology**

**Abstract:** The paper intends to review and redefine the concept of individual identity and collective identity, from the classical psychoanalytical theories to the current sociological and anthropological. The complex processes of interaction of the individual and social phenomena involved in the psychic dynamics, are analyzed from the questioning of some of the theoretical conceptions on the existing identity, both individually and collectively. In conclusion, We believe that in order to identify these two instances known as “individual identity” and “collective identity” without dichotomizing, in an individual and the social collective in a process of mutual, we must concentrate in what we now know as subjectification processes, known as integration mechanisms, working as an intermediary between both the individual and the collective identity phenomena produced by individual, collective and institutional instances, excluding an unequivocal and decisive causality imposed over others.

**Keywords:** identity, individual processes, social processes, subjectification processes.

\* Colaboradoras: Ana Brennan, Alma Hasan.

\*\* Este trabajo forma parte del Proyecto de Investigación “Identidades, derechos e Instituciones. Proceso de históricos, jurídicos y sociales de configuración”, dependiente de la Secretaría de Ciencia, Técnica y Posgrado UNCuyo (Código 06/EO41)



El concepto de identidad está hoy atravesado por múltiples interrogantes que van desde su origen, esencial o construido, a través de un proceso tanto evolutivo como histórico pasando por su estabilidad en el tiempo o su permanente fragmentación hasta las dudas acerca de la continuidad de su existencia como idea. Estas preguntas se extienden y se enredan cuando pretendemos comprender las identidades colectivas.

Para comenzar a pensar estas inquietudes resulta necesario un primer ordenamiento, medianamente arbitrario, de ideas en el proceso de acercamiento al tema.

El concepto de identidad constituye un constructo complejo, que se modifica significativamente según el lugar donde se ubique el observador: el plano estrictamente individual o su opuesto, el plano colectivo o social.

En general los trabajos que podríamos denominar predominantemente sociológicos o antropológicos no desconocen estos aspectos pero tampoco se detienen lo suficiente en ellos, dando la idea de que la relación entre el plano individual de la identidad y el social es armoniosa. Muy por el contrario, lejos de ser amable esta relación, la mayoría de las veces se entrecruzan las tramitaciones personales con los procesos de socialización de manera conflictiva e impredecible, aunque al final tanto de un lado como del otro, el resultado final sea comprensible.

Desde la Psicología Social se pretende articular los procesos individuales y sociales descriptos como polos relacionados de manera dialéctica siempre buscando la síntesis integradora.

En el primer caso, hablamos de los aportes de la Psicología Individual, marcada por el Psicoanálisis. Freud utilizó una sola vez en toda su obra y en forma incidental el término identidad y lo hizo con una connotación psicosocial, al referirse a ella como algo medular del interior del individuo que tiene relación con un aspecto fundamental de la coherencia interna de un grupo en *Psicología de las masas y análisis del yo*, que es en los términos que nos interesa en este trabajo. Sin embargo recurrió a él algunas otras veces para aludir a la cualidad de idéntico o equivalente relacionado con los procesos identificatorios, en obras como *La interpretación de los sueños*, *Tótem y tabú*, *Introducción del narcisismo*, *Duelo y Melancolía*, *El yo y el ello*, *Más allá del principio del placer*, *El porvenir de una ilusión* y *El malestar en la cultura*.



Erikson (1956) deduce de la afirmación de Freud que el término identidad expresa “una relación entre un individuo y su grupo” con la connotación de una mismidad y un persistente compartir cierto carácter esencial con otros. La formación de la identidad es un proceso que surge de la asimilación mutua y exitosa de las diversas y múltiples identificaciones de la niñez que contienen las introyecciones tempranas, asociadas a la relación satisfactoria con la madre primero y luego con la familia en su totalidad. La formación de la identidad más madura depende, para Erikson, del desarrollo del yo, que obtiene apoyo para sus funciones de los recursos de una comunidad más amplia, la que podemos pensar rompiendo la endogamia de los primeros años. La selección de las identificaciones significativas, la anticipación de la identidad y la síntesis al final de la adolescencia serían trabajo del yo: la identidad es “identidad del yo”. En su rol de mediador en el proceso de satisfacción pulsional y las exigencias de la realidad, el yo realizaría las introyecciones necesarias con la correspondiente selección de identificaciones realizando su trabajo de constitución de la identidad.

En términos generales, para la psicología hablar de identidad implica reconocer un eje estable en el sujeto, que una vez constituido, salvo algún desvío morboso, se mantiene a lo largo del tiempo dándole a la persona la vivencia de mismidad, continuidad e integridad y sobre todo de autorreconocimiento. Así, el sentimiento de identidad es el conocimiento de la persona de ser una entidad separada y distinta de las otras. Por identidad se entiende la unidad del individuo en el tiempo en la comparación consigo mismo, lo que se relaciona con su continuidad y mismidad, considerando el logro de la individuación-diferenciación como el prerrequisito.

La condición de estabilidad de la identidad nos remite a otro debate que nos plantea si es la identidad una realidad estática, idea apoyada en una visión esencialista, o es un proceso dinámico que está en permanente movimiento, propia de una mirada constructivista. En relación con este debate, León y Rebeca Grinberg (1976) consideran que la adquisición del sentimiento de identidad es resultante de un proceso de integración continua entre aspectos espaciales, temporales y sociales. La dimensión espacial corresponde a la integración entre las distintas partes del yo entre sí, incluyendo lo corporal, manteniendo su cohesión y permitiendo la comparación,

diferenciación e individuación. La dimensión temporal integraría las relaciones entre las distintas representaciones del yo en el tiempo, estableciendo una continuidad entre ellas y otorgando la base del sentimiento de mismidad. La dimensión social abarca la connotación social de la identidad y está dada por las relaciones entre aspectos del yo y aspectos de los objetos, mediante mecanismos de identificación proyectiva e introyectiva. Estas conceptualizaciones nos permiten sostener teóricamente, aunque consideremos que la identidad es dinámica y no esencialista como la describen algunas teorías, que necesariamente contiene cierta estabilidad y continuidad en el tiempo, permitiendo dos procesos imprescindibles: el de discriminación o diferenciación yo-no yo y el sentimiento de mismidad que se mantiene en las diferentes etapas y vicisitudes de las vidas.

La concepción esencialista de la identidad, según Juliana Marcús (2011), es propia de la modernidad preocupada por la perdurabilidad, mientras que un abordaje posmoderno, en el que se ubicaría Stuart Hall, estaría más centrado en considerar a la identidad como una construcción en permanente movimiento con contradicciones no resueltas, que estarían asociadas a la fragmentación generalizada propia de la época.

Sin embargo, consideramos que no es necesario defender una posición esencialista para reconocer aspectos estables en las identidades y que, desde el punto psicológico, la fragmentación, la coexistencia de polos contradictorios con similar valencia, implicaría entrar en el terreno de la ambigüedad, propia de la presencia de un proceso patológico, vale decir que si sucediese en la identidad lo que sostiene el constructivismo, tendríamos que hablar de enfermedad psíquica. Esta corriente no reconoce la tendencia del funcionamiento psíquico a evitar, a través de diferentes recursos como son los mecanismos defensivos del yo, la desorganización. Para que se produjese tal fragmentación el estímulo debería ser algo extraordinario, tanto en intensidad como en significado.

Las teorías que postulan la existencia de una identidad cultural o social también están sometidas al mismo debate entre lo estático y lo dinámico y a los interrogantes de su definición y de su construcción: la identidad cultural puede ser entendida como muchos yo asociados por algún aglutinante común, como un yo colectivo que contenga a todos los



yo individuales, o como algún producto cualitativamente diferente pero con la misma base que los anteriores.

Con relación a su construcción, surge el mecanismo de identificación como central, ya que a través de éste el sujeto se constituye, asimilándose o apropiándose de aspectos o características de las personas de su entorno. Sin embargo, también implica resolver algunas dificultades, como comprender de qué manera, a partir de la incorporación de la diversidad de objetos con los cuales se identifica, el sujeto se transforma en una unidad. En este proceso identificatorio, el sujeto internaliza partes de los otros en un procesamiento personal, único, como es la identidad, de tal modo que aunque comparte algo con el/los otros, no se transforma en el otro, ni se encuentra fragmentado en muchos otros, sino que se configura en él mismo, con lo común pero también lo diferente. Es decir que la identidad social también implica una continua tensión entre lo igual o idéntico y lo diferente.

Stuart Hall (2003), en oposición al esencialismo, considera que las identidades tienen que ver con las cuestiones referidas al uso de los recursos de la historia, de la lengua y la cultura en el proceso de devenir y no de ser; no “quiénes somos” o “de dónde venimos” sino en qué podríamos convertirnos, cómo nos han representado y cómo atañe ello al modo como podríamos representarnos. Las identidades se constituyen dentro de la representación y no fuera de ella (17-18), es decir dentro de la “narrativización del yo”, sin que su naturaleza ficcional socave su “efectividad discursiva, material o política”. Y precisamente porque las identidades se construyen dentro del discurso y no fuera de él, debemos considerarlas producidas en ámbitos históricos e institucionales específicos, en el interior de formaciones y prácticas discursivas, mediante estrategias enunciativas específicas y emergiendo en el juego de modalidades específicas de poder.

De igual modo las identidades se construyen a través de la diferencia: “Solo puede construirse a través de la relación con el Otro, la relación con lo que él no es, con lo que justamente le falta, con lo que se ha denominado su afuera constitutivo (...)” (Hall, 2003: 18). De ese modo toda identidad tendría un *margen*, en forma de exceso, cuya homogeneidad interna más que fundacional es una forma construida de cierre. Derrida demostró que la constitución de una identidad siempre se basa en la exclusión de algo y el establecimiento de una

jerarquía violenta entre los dos polos resultantes.

En síntesis, la identidad social o cultural se configura como múltiples significados distintivos, fruto de las complejas interacciones sociales. La identidad cultural resume el universo simbólico que caracteriza a la colectividad, porque establece patrones singulares de interpretación de la realidad, códigos de vida y pensamiento que permean por medio del sentido de pertenencia las diversas formas de manifestarse, valorar y sentir.

También corresponde decirlo, Hall plantea que “el enfoque deconstructivo somete a borradura conceptos clave” como el de identidad ya que el mismo está en crisis, “no ha sido superado dialécticamente y no hay otros conceptos enteramente diferentes que puedan reemplazarlos”, la concepción esencialista reduce y minimiza la riqueza interaccional y contextual de los procesos identificatorios y la constructivista le quita fuerza y estabilidad al diluirlos en la diversidad, entendiéndola como fragmentación. En ese laberinto conceptual “la identidad” espera una superación teórica para desaparecer, aunque mientras tanto debe sobrevivir para ser la referencia de procesos tanto individuales como colectivos que actualmente se quedarían sin sustento, si no existiera este aparentemente frágil y complejo concepto.

Individual/social, estático/dinámico, común/diferente, son modos de establecer binarismos o dicotomías que entrampan y no permiten la articulación dinámica de todos estos procesos. Identidad remite a lo idéntico, a aquello que se encuentra total y completamente unificado, cerrado y al mismo tiempo a lo abierto y cambiante, en un permanente movimiento que implica aspectos estáticos de las identidades y formas dinámicas de identidades cambiantes, en tensión.

Más allá de los posibles dualismos, es innegable que la consolidación del sentimiento de identidad depende no solamente del mundo interno del individuo sino también de factores sociales y económicos que pueden facilitarla u obstaculizarla.

El mismo proceso en el que la identificación juega un rol fundamental, donde se construye la identidad individual, es decir todo aquello que permite al sujeto su autorreconocimiento y la diferenciación con el otro, configura también la identidad colectiva, es decir lo igual con los otros, a través de la elaboración de significados comunes, intereses y sentimientos de pertenencia. Vale decir que el mismo



proceso genera la diferencia y lo idéntico. Consideramos que este modo de ver cómo suceden estos procesos no contiene la tensión entre lo igual y lo distinto, sino que termina siendo antinómico.

No pretendemos aquí negar el concepto de identidad colectiva para el cual no tenemos otras definiciones, sino situarnos en un lugar más cómodo en el cual se tolere mejor la tensión entre lo individual y lo social, sustrato para nosotros de lo diferente y lo igual, en el tema identitario y sin tanto riesgo a psicologizaciones o extrapolaciones de ideas.

Creemos que para entender cómo podemos identificar dos instancias “identidad individual e identidad colectiva”, en un individuo y en un colectivo social, en un proceso de apoyatura recíproca sin dicotomizarlas, hay que interesarse por lo que actualmente conocemos como procesos de subjetivación. Cabruja dice que es la “elaboración conjunta de cada sociedad particular a lo largo de su historia, alguna cosa que tiene que ver con las reglas y normas sociales, con el lenguaje, con el control social, con las relaciones de poder en definitiva, es decir, con la producción de subjetividades” (Cabruja, 1996, cits. en Iñíguez, 2001). La noción de identidad concebida en este contexto entra en un escenario más amplio y continente sin tantas restricciones disciplinarias, que aunque diferentes autores las nieguen, la confusión conceptual las denuncia.

Ana María Fernández, en *Las lógicas colectivas*, dice que pensar la subjetividad exige desandar un sentido común disciplinario que ha ubicado la cuestión del sujeto en la interioridad y en oposición a un mundo o realidad pensados como exterioridad, fundado a partir de un modo particular de la territorialización disciplinaria como efecto de identificaciones tempranas.

El término subjetividad también suele tener un uso impreciso, a veces como todo aquello referido a un sujeto o bien como subjetivo, opuesto a objetivo, como si el sujeto estuviera dividido entre un adentro y un afuera. Por ello es necesario pensarse como producción de subjetividad, refiriéndose con el término producción a la instancia de pensar lo subjetivo básicamente como proceso, como devenir. No se trata entonces aquí de definir qué es la subjetividad, sino de pensar cómo se instituyen las dimensiones subjetivas en distintas situaciones colectivas posibles de indagar. La noción de modos de subjetivación se refiere a procesos

históricos, por lo que es posible pensar la dimensión subjetiva en situaciones del aquí y ahora, en las múltiples producciones de un dispositivo grupal-institucional en acción (Fernández, A.M., Borakevich, S., Ojam, E., Imaz, X., 2003).

La subjetividad, como la describe Guattari (1996), podemos considerarla más transversalista, es capaz de contener tanto las sujeciones familiaristas y las identificaciones tempranas como las prácticas actuales en general, como también las guiadas por los fenómenos tecnológicos, incluso como señalaría este autor, aquellas que no pueden calificarse estrictamente de humanas, “las grandes máquinas sociales massmediáticas o lingüísticas”.

Al respecto dice: “Las máquinas tecnológicas de la información y comunicación (massmedia, informática, telemática, robótica) operan en el corazón de la subjetividad humana, no solo en el seno de sus memorias, de su inteligencia, sino también de su sensibilidad, de sus afectos y se sus fantasmas inconscientes”. Entendemos que Guattari nos abre con más comodidad que la solitaria puerta de las identificaciones, un camino amplio de multiplicidades haciendo referencia a lo que él llama método cartográfico multicomponencial en el que incluye “múltiples estratos de subjetivaciones, estratos heterogéneos de extensión y consistencia variable”, “más vuelto hacia praxis actuales” e “inconsciente de flujos y máquinas abstractas” a contemplar en los procesos de subjetivación. Estos mecanismos integran los fenómenos identitarios tanto individuales como colectivos, al estar producidos por instancias individuales, colectivas e institucionales, excluyendo una causalidad unívoca y determinante que se imponga sobre las demás.

Pensamos que aquí, en este espacio definido como producción de subjetividad que es capaz de contener la combinación de fenómenos de diferentes categorías, de diferentes tiempos de evolución, de diferentes grados de formalización social, se producen, no las suturas como las considera Hall, que implicarían inmovilidad, sino las bisagras, los espacios transicionales, que integrarían las identidades individuales, las colectivas “configuradas y no construidas”, como diría Grimson (2011), y las subjetividades como productos identificables (distintos) y a la vez idénticos en tensión, sin cuyas presencias ninguna existiría.



## Bibliografía

- FERNÁNDEZ, Ana María, BORAKEVICH, Sandra; OJAM, Enrique, IMAZ, Xavier (2003). Diversidades y campo grupal: puntuaciones de un dispositivo pedagógico. . *Revista Ensayos y experiencias*. Buenos Aires. N° 51.
- GRIMSON, Alejandro (2011). *Los límites de la cultura: crítica de las teorías de la identidad*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- GRINBERG, León y GRINBERG, Rebeca (1976). *Identidad y Cambio*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- DERRIDA, Jacques (1976). *Posiciones*. Valencia: Editorial Pre-textos.
- GUATTARI, Félix (1996). *Caosmosis*. Buenos Aires: Editorial Manantial.
- HALL, Stuart y compiladores (2003). Introducción: ¿Quién necesita identidad?. En *Cuestiones de identidad cultural*. (p 13-39). Buenos Aires: Amorrortu.
- IÑÍGUEZ, Lupicinio (2001). Identidad: de lo personal a lo social. Un recorrido conceptual. En *La constitución social de la subjetividad*. (p. 209-225). Madrid: Editor Eduardo Creso.
- MARCÚS, Juliana (2011). Apuntes sobre el concepto de Identidad. *Revista Sociológica de Pensamiento Crítico Intersticios*. Universidad de Buenos Aires. Vol. 5 (1).
- LÓPEZ, Humberto (2006). *Subjetividad y contexto social, una relación posible sin mediación vincular*. Ponencia en Jornadas Provinciales de Salud Mental, Mendoza, Argentina.
- VARGAS ALFARO, Ana Tania (2002). *Identidad y Sentido de Pertenencia. Una mirada desde la Cotidianeidad*. Centro Prov. de Cultura Comunitaria. Ciudad de La Habana, Cuba.

Fecha de recepción: 18 de noviembre de 2013

Fecha de aceptación: 13 de mayo de 2014

